

dicho el rey: «Toda la plata que aquí veis perteneció al perjuo Múmol, pero por la gracia de Dios es ahora propiedad nuestra; he hecho pedazos 15 fuentes como aquella, mas grande, que está allí, y solo he conservado éstas, y una que pesa 170 libras, pues ¿para qué tener mas de lo que exige el servicio diario? Yo no tengo mas hijo que Childeberto, que bien puede contentarse con los tesoros que le dejó su padre y lo que le envié de las riquezas de aquel miserable que fueron encontradas en Aviñon. Lo que queda será distribuido para subvenir á las necesidades de los pobres y de las iglesias. A vosotros, señores obispos, solo pido una cosa: que oreis é invoqueis la misericordia del Señor por mi hijo Childeberto, porque es varon inteligente y capaz, como desde muchos años no se habrá encontrado otro. Si Dios se digna conceder á estos territorios de la Galia (por rey) á Childeberto, habrá esperanza de que nuestra familia, hoy tan reducida, vuelva á recobrar robustez; y no dudo que así sucederá por la misericordia de Dios, atendidos los presagios que acompañaron al nacimiento del muchacho, pues el santo día de Pascua, estando mi hermano en la iglesia, llegó un mensajero para el rey en el momento en que el diácono acababa de abrir el libro de los Evangelios, y él leyó, y el mensajero dijo, cada uno por su parte pero ambos como si fueran una sola voz: «Te ha nacido un hijo;» y todo el pueblo contestó á ambos con la misma exclamacion: «Gloria á Dios Todopoderoso!» Fué bautizado despues el día de Pentecostés, y el santo día de Navidad fué elevado á rey. Por todo esto es de esperar que llegue á reinar, si Dios quiere y si le acompañais con vuestras oraciones.»

»Cuando el rey cesó de hablar, elevaron todos sus plegarias al Señor para que su misericordia conservase á ambos reyes. Luego añadió Gontran: «Verdad es que su madre conspira contra mi vida (1), pero nada temo, porque el Señor que me ha librado de las manos de mis enemigos me librará tambien de sus persecuciones.»

»Habló mucho del obispo Teodoro de Marsella y aseguró que en el sínodo donde se presentase seria de nuevo condenado, añadiendo: «Porque sé que hizo asesinar á mi hermano Chilperico para favorecer á aquella gente.» Aludía á Gundobaldo y á los que le apoyaban, y bien podria ser que entre este asesinato y la proclamacion del pretendiente preparada por Desiderio y Múmol hubiese habido alguna conexión.

»Y por cierto, añadió, no mereceríamos ser hombre si no fuéramos capaces de vengar todavía en este mismo año la muerte de mi hermano.» Yo le repliqué: «¿Qué ha causado la muerte de Chilperico sino su propia maldad y tu deseo? Porque contra todo derecho organizó contra tí muchas persecuciones que al fin redundaron en su perdicion y muerte; y yo mismo, así tengo que decirlo, me he convencido de esto claramente en un ensueño, en el cual le ví con la cabeza rapada, como si fuera ordenado obispo, sentado en una silla cubierta con una funda negra, y paseado así en procesion acompañado de hombres que llevaban lámparas y cirios, á manera de entierro (2).» Cuando le hube contado esto, dijo el rey: «Tambien tuve yo un sueño que anunció su muerte. Tres obispos le condujeron encadenado á mi presencia; estos obispos eran Tétrico (3), Agrecola y Nicecio (4). Dos de ellos decian: «Quitadle las cadenas, castigadle y dejadle ir despues;» pero el obispo Tétrico les dijo, oponiéndose con

(1) Temia tanto á Brunequilda como á Fredegunda y por supuesto con razon.

(2) En otras procesiones era llevado el obispo en su silla episcopal artísticamente trabajada y dorada, especialmente cuando se celebraba su consagración.

(3) De Langres.

(4) De Lyon.

vehemencia á lo que proponian: «¡De ninguna manera! ¡que arda en el fuego por sus iniquidades!» Despues de mucho disputar entre sí, ví á lo lejos un caldero de bronce todo incandescente sobre un fuego; y mientras yo lloraba, cogieron al desgraciado Chilperico, le rompieron los miembros y lo arrojaron á la caldera, en la cual quedó pronto tan derretido en el agua hirviendo tumultuosamente y despidiendo vapores, que no quedó rastro de él.» Al decir esto el rey quedamos asombrados, y concluida la comida nos levantamos de la mesa.»

Por supuesto, estos ensueños, ciertamente no inventados, reflejan con exactitud é ingenuidad la opinion que el virtuoso obispo y el naturalmente bondadoso hermano habian tenido desde largo tiempo del malvado Chilperico.

»Al día siguiente salió el rey á cazar, y á su regreso le fueron presentados por nosotros (5) Garacaro, gobernador de Burdeos, y Bladasto, que, segun ya dijimos, se habian refugiado en la basílica de San Martín por haber estado comprometidos con Gundobaldo (6). Habia ya hablado antes al rey para que les perdonara, pero no habiendo alcanzado nada, le hablé de nuevo de esta manera: «¡Escúchame, oh rey poderoso! Mira, el Señor me ha enviado á tí como su embajador, pero ¿qué diré al que me ha enviado si tú no me contestas?» Quedó suspeso el rey y me dijo: «¿Y quién es tu señor que te ha enviado?» Yo dije con sonrisa: «San Martín me ha enviado.»

El rey, que por supuesto ya presume que el señor del obispo es el Señor del mundo entero, que no puede hacer sombra á un rey terrenal, manifiesta ya con esta pregunta de una manera simpática su índole bondadosa; al paso que la infatigable caridad del obispo se vale del giro de ser representante de Dios y del santo mártir para salvar á los infelices sin mirar sus méritos ni sus faltas.

»Despues de este exordio mandó el rey llevar á su presencia á los dos hombres y les reprendió sus muchas infidelidades y perjuros, llamándoles repetidas veces zorros astutos; pero al fin los volvió á admitir en su gracia y les restituyó lo que les habia quitado.

»Llegó el día del Señor y el rey fué á la iglesia para asistir á la misa. Los hermanos y colegas presentes habian cedido al obispo Paladio el honor de celebrar el servicio divino; pero cuando empezó á leer el texto sacado del profeta, preguntó el rey quién era el que leía, y al oír que era el obispo Paladio, que habia empezado á leer, púsose furioso y dijo: «¿El que siempre ha sido falso y traidor para mí ha de decirnos las palabras santas? Al instante salgo de la iglesia para no oír predicar á mi enemigo;» y en el mismo momento hizo ademán de salir de la iglesia. Los obispos, consternados, al ver la inminente humillacion de su hermano, dijeron al rey: «Bien le vimos sentado en tu mesa y que admitiste su bendicion; ¿por qué le repudia ahora el rey? Si hubiésemos sabido que tan odioso te era, por cierto habríamos encargado á otro la celebracion de esta solemnidad; pero ahora, ya que ha empezado, déjale concluir; despues cumpliremos lo que prescriben los cánones en cuanto tengas que decir contra él.» El obispo Paladio, entretanto, se habia ya retirado humilladísimo á la sacristia; mas el rey mandó llamarle y le dejó concluir el servicio.

»Invitados Paladio y Bertran otra vez á la mesa del rey, estalló entre ellos una disputa y se acusaron uno á otro de adulterios, libertinaje y juramentos falsos. Con esto excitaron la risa de muchos, pero otros mas discretos se lamentaron de

(5) Es decir, por Gregorio de Tours, como representante de San Martín y de los refugiados en los asilos sagrados de este santo.

(6) De Garacaro nada ha dicho antes Gregorio.

que tal cizaña del diablo creciera entre obispos del Señor. Al fin despidiéronse del rey, dando garantías y fianza de personas que respondieron de que comparecerian en el sínodo fijado para el 23 de octubre (10 Kal. mensis noni) (1).

»Entonces viéronse tambien prodigios, como resplandores hácia el Norte como suelen observarse con frecuencia. Vióse tambien correr un resplandor por el cielo, y los árboles florecieron en el mes de julio. Despues pasó el rey á Paris, y delante de todos, dijo: «Dicen que mi hermano Chilperico ha dejado al morir un hijo, cuyos ayos me habian suplicado á instancias de su madre que le sacase de pila por la fiesta de Navidad, pero no se presentaron despues; luego suplicaron que le hiciese bautizar por la Pascua de Resurreccion, pero tampoco vinieron con el niño; por tercera vez pidieron permiso para traerle por San Juan, y tampoco vinieron. Me han hecho, pues, en este tiempo de calor abandonar el sitio en que me hallaba, he venido, y todavia este niño queda oculto y no me le enseñan; por esto creo, en cuanto alcanzo, que no hay nada de lo que se dice, y que este niño es hijo de alguno de nuestros leudos; porque si fuera de nuestra familia le habrian traído de seguro, y por lo mismo habeis de saber que no le reconoceré si no me dan pruebas seguras respecto de él.»

»Cuando esto supo la reina Fredegunda, reunió á los principales, es decir, á los hombres mas notables de su reino, tres obispos y trescientos campeones, que confirmaron con juramento que el niño era hijo de Chilperico, y con esto acallaron el recelo del rey.

»El rey, sin embargo, no cesó de lamentar la muerte de Meroveo y de Clodoveo, sin saber siquiera adónde habian sido arrojados sus cadáveres. Estando en esto presentósele un hombre, que le dijo: «Si no me ha de resultar mal, diré dónde está el cadáver de Clodoveo;» á lo cual contestó el rey jurándole que ningun mal le resultaria, sino que, muy al contrario, seria enriquecido con gratificaciones. Entonces dijo el hombre: «La relacion de lo que pasó te probará que digo la verdad. Cuando Clodoveo, asesinado, fué enterrado debajo del canal del tejado de un oratorio, la reina temió que se descubriera el cadáver y fuese sepultado con la formalidad debida y mandó arrojarlo al rio Marne. Por eso yo le encontré en una represa que habia establecido para coger peces, y aunque no le conocia, presumí, por su larga cabellera, que debia de ser Clodoveo. Le cargué, pues, sobre mis hombros, le llevé á la orilla y le arreglé una sepultura, oculta debajo del césped. Sus restos están, pues, salvados; ahora haz lo que te parezca.» Enterado el rey pretextó ir á cazar, mandó abrir la tumba y encontró el cadáver entero é ileso; solo se habian caido parte de los cabellos, que se habian encontrado debajo; los demás se habian conservado sin deterioro hasta los rizos.»

Los francos libres y en general los germanos libres se distinguieron de sus esclavos por llevar el pelo largo, pero podria ser que los Merovingios, desde que de simples jefes guerreros de una de las innumerables tribus pequeñas se transformaron en jefes de varias tribus, y pronto en una familia de jefes permanentes y de verdaderos reyes, hubiesen adoptado, para distinguirse de los demás francos libres, la costumbre de llevar la melena rizada en bucles siquiera por delante. Gregorio en toda su obra habla de la cabellera larga y rizada de los reyes Merovingios como de una cosa sabida y propia de ellos.

»Se vió que era el cadáver que el rey buscaba con tan grande ahinco, y Gontran mandó llamar al obispo de la ciudad y conducir el cadáver á la basílica de San Vicente (2),

(1) Contando el año desde el 1.º de marzo.

(2) Saint-Germain des Prés, en Paris.

acompañándole él con el clero y gran multitud del pueblo con innumerables cirios; porque el rey lloró á su sobrino como si fuera su propio hijo cuando vió conducidos sus restos á su última morada. Cumplido este deber, encargó á Pápolo, obispo de Chartres, que encontró el cadáver de Meroveo, que le sepultase al lado de Clodoveo.

»Entonces dijo al rey un ostiario refiriéndose á otro ostiario: «Señor rey, éste se ha dejado cohechar para matarte.» El ostiario acusado fué preso, fustigado y sometido á muchos tormentos, pero nada confesó respecto de la acusacion, y mucha gente dijo que habia sido acusado en falso por envidia porque era muy estimado del rey. Ansoaldo (3), no sé por qué recelos, abandonó al rey sin despedirse.

»El rey, regresado que hubo á Chalons, decretó la muerte de Boanto (4), que siempre le habia sido traidor. Los hombres del rey rodearon su casa y le mataron; de sus bienes se apoderó el fisco.

»El rey volvió á su empeño de castigar al obispo Teodoro, y habiendo Marsella vuelto al poder del rey Childeberto, envió allí á Rataro como gobernador extraordinario para que abriera una informacion; pero Rataro, excediéndose de su encargo, hizo rodear la casa del obispo, pidió personas que respondiesen de él, y le envió al rey Gontran para que fuese juzgado por los obispos que debian reunirse en sínodo en Macon. No faltó, sin embargo, el castigo, pues Dios suele librar á sus servidores de la boca de los perros rabiosos. Apenas habia salido el obispo de la ciudad, Rataro se apoderó de los bienes de la iglesia, quedándose con algunas cosas para sí y encerrando otras bajo sello; pero inmediatamente uno de sus criados fué atacado de una enfermedad agudísima y murió consumido por la calentura. Su hijo falleció del mismo mal, y Rataro le enterró con grandísimo dolor en un arrabal de Marsella. Tan grande fué esta pérdida para él, que parecia, cuando dejó la ciudad, que no volveria vivo á su casa.»

Aquí vemos otro ejemplo de la religion del obispo de Tours, que en seguida hace intervenir la venganza de Dios matando al hijo del funcionario del rey que se atreve á prender á un obispo y poner el sello real á los bienes de la Iglesia, excediéndose, si es que lo hizo, de las órdenes del rey. Vengar á los obispos fué para Gregorio la mision principal de Dios y el eje alrededor del cual giraba para él la historia de los francos y del mundo entero.

»El rey Gontran detuvo á su lado al obispo Teodoro, pero no le hizo ningun mal, porque Teodoro era realmente hombre de extraordinaria santidad é incansable en la oracion. De él me contó el obispo Magnerico de Tréveris lo siguiente: «Cuando, hace algunos años, fué conducido á la corte y á presencia del rey Childeberto, tan rigurosamente vigilado é incomunicado que no se le permitió ver ni hablar á habitante alguno ni al obispo de las ciudades por donde hubo de pasar, vino tambien á Tréveris donde lo supo el obispo cuando Teodoro estaba ya embarcado y á punto de ser conducido en secreto á su destino. El obispo afligido se dirigió inmediatamente adonde estaba y le encontró bien guardado en la orilla; habló con sus guardas lamentándose de la crueldad de prohibir al preso hasta de ver á sus hermanos, y consiguió poder hablar con él; le abrazó, le dió alguna ropa y se despidió de él; pero al entrar en la basílica de San Maximino (5) prosternóse junto al sepulcro de este

(3) Era confidente de la reina Fredegunda, segun indica Gregorio en el libro 7.º, cap. 7 y 31.

(4) No se sabe quién era este Boanto, porque en ninguna otra parte se habla de él.

(5) Magnerico construyó en Tréveris una iglesia dedicada á San Martín; pero no está ni ha estado nunca sepultado allí este santo y en

santo, cumpliendo con las palabras del apóstol Santiago: «Orad el uno por el otro á fin de que seais salvados (1).» Después de haber dirigido al cielo su plegaria, vertiendo lágrimas, para que Dios amparase á su hermano, salió de la iglesia, y vió una mujer que estaba perseguida por el espíritu del error, la cual empezó á apostrofar al obispo, gritando: «¡Oh pecador empedernido! que diriges tus oraciones al cielo á favor de nuestro enemigo Teodoro; mira, nosotros (léase: los espíritus malignos) procuramos siempre ahuyentar á aquel á quien consume día por día en fuego, y tú no cesas de orar por él. Mas te valdría cuidar de los bienes de tu iglesia, á fin de que nada se arrebatara á los pobres, en lugar de orar con tanto afán por aquél.» Después gritó: «¡Ay de nosotros que no podamos con él!» Es indudable que no se debe creer en nada á los malos espíritus; pero en este caso se demostró qué clase de obispo era aquel que tanto pesar causaba al demonio.»

¡Hasta al demonio podía creerse, según se vé, si alababa á un obispo!

«El rey Gontran envió una embajada á su sobrino Childeberto, que á la sazón se hallaba en el castillo de Coblenza (*Castrum Confluentis*), que se llama así porque allí se juntan el Mosela y el Rhin. Habiéndose convenido que los obispos de ambos reinos se reunirían en Troyes, ciudad de la Champaña, y no siendo esto del agrado de los obispos del reino de Childeberto, dijo el embajador Félix, después de los saludos de costumbre y de la presentación de su credencial: «Tú tío, oh rey, te pregunta quién te ha desviado de tu promesa, y por qué rehusan los obispos de tu reino acudir al concilio que habeis fijado de comun acuerdo, ó ¿caso personas perversas han sembrado entre vosotros cizaña? Viendo que el rey callaba, dije yo: «Si entre los pueblos se siembra cizaña, no es extraño, pero entre estos dos reyes no tiene sitio ya donde medrar; pues todo el mundo sabe que el rey Childeberto no tiene mas padre que su tío, y que este no piensa tener otro hijo mas que él (se vé que Gregorio es adversario declarado de Clotario II, hijo de Fredegunda), según le hemos oído declarar este mismo año; por lo mismo deben protegerse y amarse mutuamente y no conviene que entre ellos germine la cizaña.» Después llamó el rey Childeberto al embajador á una conversacion particular, en la cual le dijo: «Suplico á mi señor y padre que no haga daño al obispo Teodoro, porque si lo hace nacerá la discordia entre nosotros, que debemos amarnos y conservar la paz.» Después de esto, habiendo recibido el embajador tambien contestacion relativa á otros asuntos, despidióse y partió.»

Por lo que precede se ve que el obispo Gregorio privaba mucho con el rey Childeberto, y que habia dispuesto á éste enteramente á favor del obispo Teodoro. Este asunto fué probablemente la cizaña á que todos aluden en la audiencia referida. Lo mas digno de notar es aquí la influencia que la Iglesia tenia sobre los francos, ó el temor que les inspiraba, sin perjuicio de que los francos, aunque exteriormente ya algo civilizados, olvidasen este temor cuando no habia quien lo fomentara. Esto permite deducir consecuencias interesantísimas respecto del grado de desarrollo intelectual y moral de los francos en aquella época. Sin embargo, parece que en el presente caso Childeberto hizo depender la continuacion de la importantísima y estrecha alianza con su tío y padre adoptivo, de la clemencia con que fuese tratado el obispo Teodoro.

cambio se supone que San Maximino está enterrado en la iglesia de su nombre en Tréveris según dice Ruinart; por esto es mas probable que el obispo fuese á prosternarse ante el sepulcro y en la iglesia de este último santo que en la de San Martin, como dicen algunos manuscritos.

(1) Santiago, 5, 16.

«Mientras estuvimos (Gregorio habla de sí y de otros obispos) en el citado castillo con el rey, fuimos invitados por él á su mesa, de la cual no nos levantamos hasta muy entrada la noche. Entonces fuimos al río, donde encontramos ya el buque preparado para nosotros (2), y cuando pasamos á bordo, se precipitó con nosotros tanta gente dentro, que pronto estuvo el barco lleno de personas y de agua. Pero allí estaba tambien el gran poder del Señor y se vió el milagro de que el buque no se fuese á fondo á pesar de estar hasta el borde dentro del agua. El caso era que yo llevaba conmigo reliquias de San Martin y de otros santos, cuya virtud milagrosa creo me salvó. El barco volvió á la orilla, fué aligerado de hombres y de agua; las personas que no pertenecian á nuestra comitiva fueron rechazadas, y pasamos el río sin perance. Al día siguiente nos despedimos del rey y partimos.

»Continuando nuestro viaje, llegamos al castillo de *Eposium* (3), donde nos recibió el diácono Vulfilaco, que nos condujo á su monasterio, situado á ocho millas (romanas) del citado castillo, en la cumbre de una montaña. Allí habia construido Vulfilaco una gran basílica que habia enriquecido con reliquias de San Martin y de otros santos (4). Durante nuestra estancia le suplicamos que nos contara algo de la buena obra de su conversion y de cómo habia llegado á su posicion eclesiástica, porque era de origen longobardo (5); pero se resistió con todas sus fuerzas, porque huía por modestia de cuanto podia darle fama mundana y vana. Yo, sin embargo, le aseguré con juramentos terribles que á nadie comunicaria nada de cuanto me contara, suplicándole solamente que no me ocultase nada de lo que deseaba saber. Resistió mucho tiempo, pero al fin vencido por mis súplicas y juramentos me contó lo siguiente (6):

»Cuando era pequeñito oía citar el nombre de San Martin, y si bien yo entonces no sabia si era mártir ó confesor, ni las obras buenas que habia hecho, ni qué país habia sido juzgado digno de recibir sus restos mortales, celebraba ya en su honor vísperas, y si algun dinero recogia, lo empleaba en limosnas. Cuando tuve mas años empecé á estudiar las ciencias y aprendí á escribir antes de conocer el alfabeto. Me arrojé al amparo del abad Aridio, que fué mi maestro y con él visité la basílica de San Martin. Al regresar llevóse el abad un poco de polvo de este santo sepulcro para que nos diera suerte; lo puso en una capsulita y me la colgó al cuello. Llegamos á un monasterio de Aridio (7) en el país de Limoges; allí tomó la cápsula para colocarla en su oratorio, y entonces vimos que el polvo se habia aumentado tanto, que no solamente llenaba toda la cápsula sino que hasta brotaba por las hendiduras. Este milagro fué una luz que alumbró mi espíritu, y desde entonces puse todas mis esperanzas en la virtud milagrosa de este santo. Después pasé al territorio de Tréveris y en la montaña donde ahora os hallais construí con mis propias manos la morada que veis. Encontré aquí

(2) Para conducirlos á su alojamiento eclesiástico, situado en la otra orilla.

(3) Jovis ó Carignan, á orillas del Chiers, no lejos de su embocadura en el Mosa, cerca de Sedan, á cuyo distrito judicial pertenece la poblacion indicada.

(4) Este monasterio fué destruido completamente, y por el año 979 el arzobispo Egerberto de Tréveris trasladó los restos mortales de Vulfilaco ó Valfredo (en francés Valfroie), á su ciudad de Tréveris. — Ruinart.

(5) Los longobardos eran entonces gentiles, y si cristianos, arrianos, de modo que era una rareza extraordinaria ver á un longobardo no solamente católico sino hasta sacerdote y abad.

(6) Mal cumplió Gregorio, según se vé, sus terribles juramentos; pero ya podemos suponer la reserva mental con que faltó á ellos.

(7) Llamado después en honor de su fundador Saint-Irieix. — Guadet y Taranne.

una estatua de Diana, adorada por el pueblo idólatra (1). Levanté para mí otra columna (2), sobre la cual pasaba la vida de pié, derecho y completamente descalzo, sufriendo las mayores penas, en invierno especialmente por el frío, pues por efecto de las grandes heladas se me cayeron muchas veces las uñas de los piés, y el agua helada colgaba de mi barba á manera de candelas.»

»A mi pregunta solícita de qué se alimentaba y cómo habia derribado los ídolos en aquella montaña, dijo: «Comia un poco de pan y de hortaliza y bebía agua. Cuando la gente de las haciendas vecinas acudia, predicaba enérgicamente diciendo que Diana no era nada; nada las imágenes, nada el culto que se les rendia; que tambien eran indignas las canciones que cantaban en sus festines, entre el ruido de las copas y en medio de sus placeres materiales; que lo digno seria ensalzar con sus himnos á Dios Todopoderoso que ha hecho el cielo y la tierra. Oré con frecuencia para que Dios se dignara destruir el ídolo y arrancar al pueblo de tamaño error, y al fin el Señor quiso abrir á mis predicaciones la inteligencia rústica y ruda de aquel pueblo, que empezó á escuchar mis palabras, y fué abandonando sus ídolos para creer en Dios. Entonces reuní á unos cuantos y con su auxilio conseguí destruir este ídolo colosal que con mis solas fuerzas no habia podido hacer pedazos, como habia hecho ya con las demás imágenes. Llegaron muchos con cuerdas con las cuales rodearon la imagen de Diana, empezaron á tirar, pero todas sus fuerzas resultaron vanas. Entonces corrí á la basílica, me prosterné, y llorando supliqué á la merced divina que destruyera con su virtud milagrosa la imagen para cuyo abatimiento la fuerza humana no bastaba. Después de haber orado salí, me junté á los trabajadores, cogí la cuerda y á la primera tirada que dimos cayó la imagen al suelo, y con martillos de hierro la hice añicos; pero cuando dejé el sitio para ir á comer, se cubrió todo mi cuerpo desde la cabeza á los piés de granos malignos que apenas quedó donde poner el dedo sin tocar á los granos. Entré solo en la basílica y me desnudé delante del altar, porque allí guardaba un frasquito de aceite que habia traído de la basílica de San Martin. Con este aceite me unté todo el cuerpo y me quedé dormido. Hacia media noche desperté, me levanté para rezar las oraciones, y encontré mi cuerpo enteramente sano como si jamás hubiese tenido tumor alguno. Entonces comprendí que solo la envidia del espíritu enemigo (3) me habia enviado este mal; y como el envidioso siempre trata de hacer daño á los que buscan á Dios, no tardaron en venir á verme los obispos, y en lugar de animarme á seguir mi obra (4) hasta el fin, me dijeron: «El camino que sigues no es, el verdadero, porque tú, no puedes compararte con Simeon de Antioquia, que vivió sobre una columna (5); ni permite la situacion (léase el clima) de este lugar que aguantes tamaño penalidad. Baja, pues, y vive con los hermanos que has reunido á tu rededor.» Cumplí con su deseo, porque no obedecer á los obispos es tenido por crimen; bajé de la co-

(1) Las legiones romanas habian introducido en aquella comarca como en toda la cuenca del Rhin y hasta en toda la Galia desde antiguo el culto de Diana y habian erigido á esta divinidad templos y estatuas en gran número. — *Histoire de la destruction del paganisme en France*, Beugnot.

(2) Que como resto del templo romano debió descubrir allí caída en tierra.

(3) El diablo que habia vivido en la estatua.

(4) La de pasar la vida sobre una columna.

(5) Simeon Estilita empezó en el año 420 á vivir sobre una columna cerca de Antioquia y tuvo muchos imitadores en Oriente hasta en el siglo XII. En el Occidente tuvo pocos, y la Iglesia limitó y hasta prohibió con justicia estas manifestaciones de devocion, que por lo demás hacian grande impresion en los infieles.

lumna, viví y comí con ellos. Un día, sin embargo, mandóme á llamar el obispo á una hacienda distante y entretanto envió operarios con capachos (6), martillos y hachas, que derribaron la columna y la hicieron pedazos. Cuando volví al día siguiente encontré todo deshecho y disperso. Lloré amargamente. No pude volver á levantar lo destruido, porque no se dijese que procedia contra las órdenes episcopales, y desde entonces vivo, como veis, con los hermanos.

»Suplicándole yo después que me contara algo de los milagros que San Martin habia obrado en aquel sitio, me refirió lo que sigue: «El hijo de uno de los francos mas principales entre los suyos era sordo-mudo y sus padres le trajeron á esta basílica. Le hice dormir en una cama en el mismo templo, en compañía de mi diácono y otro servidor. Durante el día rezaba y oraba y de noche dormia, como digo, en la misma iglesia. Dios se apiadó; una noche se me apareció San Martin y me dijo: «Saca la oveja de la basílica, pues ya está curada.» Por la mañana, mientras estaba yo aun meditando lo que este ensueño podia significar, vino el jóven, empezó á dar gracias á Dios en alta voz, y volviéndose á mí, dijo: «Doy gracias á Dios Todopoderoso que me ha devuelto el oído y el habla.» Desde entonces estuvo curado y regresó á su casa. Otro, complicado en muchos robos y otros crímenes y que después solia negarlos con juramentos falsos, dijo tambien una vez al ser acusado por algunos de un robo: «Iré á la basílica de San Martin, allí juraré y probaré mi inocencia;» pero en el acto de entrar se le escapó el hacha de la mano y él cayó junto á la puerta agobiado por un dolor fuerte en el pecho (7). Entonces el miserable confesó que habia estado á punto de negar con juramento falso. Otro, acusado de haber incendiado la casa de su vecino, dijo tambien: «Iré al templo de San Martin y me lavaré de esta acusacion por medio del juramento.» Sin embargo, era patente que él habia incendiado aquella casa; por cuya razon cuando fué á la iglesia para jurar, me puse delante de la puerta y le dije: «Por cuanto resulta de las declaraciones de tus vecinos, no te podrás limpiar de este crimen; Dios está en todas partes y su poder se manifiesta no solamente dentro de la iglesia, según se suele creer, sino tambien fuera de ella; si, pues, tienes la confianza ciega de que Dios y sus santos no castigan los juramentos falsos, jura fuera del templo que está delante de tí, porque no debes pisar este santo umbral.» Entonces levantó el hombre las manos, y dijo: «Tomo á Dios Todopoderoso y la virtud milagrosa de San Martin por testigos de que no he hecho este incendio.» Pero cuando se retiró le pareció estar rodeado todo de fuego, cayó en tierra y se puso á gritar que el santo obispo le estaba terriblemente quemando. «He tomado á Dios por testigo, — gritó el miserable, — y ahora cae fuego del cielo que me rodea y me derrite en sus vapores,» y diciendo esto expiró. Este fué un escarmiento para muchos, que en adelante no se atrevieron á jurar en falso en este lugar.»

»Mucho mas contó este diácono relativo á milagros, lo cual juzgo demasiado largo para referirlo aquí. Durante nuestra estancia en aquel lugar vimos dos noches seguidas señales en el cielo, rayos luminosos en el Norte, tan brillantes como jamás se habian visto, y á ambos lados, en el Sudeste y en el Oeste, nubes de color de sangre. Estos rayos volvieron á aparecer en la tercera noche á la hora segunda, poco mas ó menos (después de puesto el sol), y mientras los contemplábamos admirados, salieron rayos análogos de los cuatro puntos cardinales, que cubrieron luego todo el cielo, en cuyo

(6) *Scutum*, escudo, artesa, escudilla, porque todos estos usos reunian en caso necesario los escudos ahuecados.

(7) Era franco libre porque iba armado y llevaba el hacha de guerra.